

a semejante extremo, el lenguaje se inclina hasta regiones abisales, hasta sentidos etimológicos en los que el matiz adquiere estatura de valor.

Los valores que pone a circular, las correspondencias que suscita, los medios que Macedonio Fernández mueve, no son testimoniales, sino que impelen a concordancias nuevas, a una remoción íntima de quien lee. Más que un coloquio con los vivos, emprende una conversación con el más allá, con su destino, con su propia persona, munida de grave paso y que recién madura transitando —abierto el ojo y exigente el sueño— desde la obscuridad del trasmundo a las zonas luminosas del creador.

El espíritu que llama poderosamente al individuo y superpoderosamente al artista a remover intensamente su labor y a que contribuya a configurarla en lo invisible; el espíritu, siempre orientado en el sentido de lo futuro, opera en Macedonio Fernández por conmociones del ser concienzual, y esas conmociones que informan la conquista suprema de su arte, dominantes y celosas, le obligan a convertir las incitaciones estéticas y las calidades humorísticas, en aspectos diversos y complementarios de una pasión: la del hombre sufriente, salido en busca de la verdad en la vida.

Por grandes que sean las calidades del metafísico argentino, debemos agradecerle —entre otros muchos sentidos— el que, puesto en la ruta del humorismo, le haya vuelto la espalda al de índole realista, quedándose con el de índole conceptual. No es Macedonio Fernández en *Una novela que comienza*, ni en ningún otro de sus libros, un humorista agrio e iracundo, sino un suscitador de dicha y dignificación humana. Su idioma es conceptista y barroco, y su configuración, la de un hombre en perpetua disconformidad. Macedonio Fernández es, pues, un espíritu que choca con el medio, al que trasciende mediante un adentrarse en sí mismo emparejando sueños y descansando de su duelo cotidiano mediante la afirmación simbólica de un padecer vivido en plenitud.

*

* *

JUAN FILLOY, *Finesse*.—Río Cuarto, Argentina, Edición privada, 1943.
172 pp.

Sospecho que el crédito de Juan Filloy está llamado a crecer. Filloy es un gran artífice de la prosa y un poeta de naturaleza introvertida.

Observaréis que se presenta a la vida literaria con sus "Cuadernos" voluminosos, en los que el tránsito de novela, poesía y glosa de viajero, se efectúa en órbita estrecha, en ediciones privadas, con destino a ir en busca de escogidos lectores. No le atrae el gran público, sino la minoría selecta: los *gourmand* de la buena mesa intelectual. Y a pesar de las trabas que él mismo coloca a su difusión, año con año su nombre afirmase como uno de los valores de la nueva Argentina.

En las obras de Filloy —especialísimamente en *Finesse*— dos cosas hay dignas de encomio: la calidad y el carácter. En gracia a su maestría

en la calidad, y por razón de la firmeza acusada de su tono, Filloy conquista el sufragio de los sectores más cultos. Pero el verdadero interés de esta genuina prosa poemática se halla en un clima y región espirituales en que la materia está en vilo, sin que por ello se descarne el concepto; en que sobrepasa el garbo sin agotar la finura; en que las palabras no tienen ya gran cosa que adivinar, pero en que las metáforas no tienen todavía nada en que desvanecerse.

En Juan Filloy esta zona queda poco menos que colmada. Tiene el artífice unos ojos taladrantes y una mano suprema. Pero es preciso algo más, es preciso algo más...

Este algo más hay sin duda que insertarlo en el mismo linaje de atormentados espirituales: Baudelaire, Aloysius Bertrand, Jules Renard. Como ellos, Filloy posee la mirada clara y la visión que llega a ser demasiado clarificante. La tonalidad de su pensamiento tiene la lejanía, la malicia y la agudeza de las cosas vistas con gemelos invertidos. Su calidad artística es de una minucia, de un brillo, de una nitidez y un tono sin melodías canturrientas, que de inmediato hace pensar en una lengua apta para el nuevo coloquio de la paradoja y de la fantasmagoría metafísica.

Las nueve partes de *Finesse* son demostrativas de algo como un cansancio de las dimensiones normales, de una búsqueda de ritmos que se aparten de la andadura de la prosa iberoamericana. Baladas de bien ceñida prosificación en las que el donaire se acrecienta, en su fragmentar emotivo y en su innegable eficacia, asustan por su quintaesencismo, por su ambición de brevedad y la concisión en el reforzamiento del matiz. Filloy es tan hábil para mantenerse con los ojos abiertos entre el vivir y el agonizar, tan apto para desgajarse de la angustia y para renacer sano y salvo entre la verdad del alma encerrada en la carne y la laxitud de todas las posesiones espirituales, que me he sentido mineralizado junto a él.

Filloy es un alquitarado. Mira largamente las cosas y con garbo las atrapa y las adhiere a su conciencia de miseria, a su magnificante ilusionismo. Luego las acaricia, las mima y las baraja a sus contornos del vicio y del pecado. Hay aventura en ello, aun cuando la cacería nunca se le frustra. A lo largo de las páginas de *Finesse* he testimoniado las iluminaciones de su corazón tenebroso, el ingenio de su contrastación y su delicado balancearse entre lo endeble y lo eterno. Para entenderlo hay que apuntar a sus procedimientos. La materia de sus poemas en prosa está hecha de cuatro predilecciones: 1ª, visualidad inmediata de las pasiones del ánimo; 2ª, una voluptuosidad interior que da equilibrada riqueza a su estilo (riqueza heroica y expansiva, entiéndase bien); 3ª, una inteligencia crítica, que le otorga antecedenencia filosófica y le consigue relieve; y, finalmente, un indagacionismo de la historia natural de los espíritus, que anima y alza las cosas abstractas y le conduce hasta la propia quietación.

Todo es sugerente y soberbio en esta *Finesse*, en cuyas páginas un poeta clarividente y melancólico va ejercitando el alpinismo del alma y, en pulcra actitud de solitario, en "el tedio de las bellezas adquiridas", en

la condición ornitológica de ser una cosa feble que construye, hurga en el problematismo riguroso de su destino y en el portento de lo insuciente, se entrega a todas las tentaciones y curiosidades, conseguida no en revelación súbita, sino como una conquista esforzada de la inteligencia. Agudo e ingenioso, Juan Filloy marca en sus poemas en prosa el imperio de la finura, del matiz, del flúido psicologizar, del encararse expeditivo con el mundo y el lanzamiento de metáforas no en trayectoria de boomerang, sino con parada de esgrimista, con ese *estar* en lo punzante y *ser* en lo acerado, con que un espíritu agonal, un ingenio de flecha, intenta abrirse camino entre las problematizadas tinieblas de cada día.

GILBERTO GONZÁLEZ Y CONTRERAS,
La Habana.

RAFAEL ESTÉNGER, *Cien de las mejores poesías cubanas.*—La Habana, 1943.

Componer una antología es uno de los trabajos más difíciles que puede proponerse un crítico experto. Trabajo difícil al que además, para mayor desdicha del antólogo, no suele vérselo la dificultad en virtud de una especie de costumbre literaria tan generalizada como injustificable. La obra del antólogo es algo así como una carrera de obstáculos que pasan inadvertidos para el público. Forzosamente tiene que ser obra de quien esté dispuesto a compaginar tres cosas que suelen andar dispersas: ponderación, laboriosidad y desinterés.

Pensando todo esto, al leer el último libro de Rafael Esténger, *Cien de las mejores poesías cubanas*, fuimos consolidando nuestro juicio altamente favorable de esta acertada y utilísima antología. Al querer juzgarla, el recuerdo inevitable de los más valiosos y cercanos precedentes, el de Menéndez y Pelayo y el de Chacón y Calvo, nos sale al paso; pero la comparación que espontáneamente se establece justifica el primer elogio de la obra de Esténger. No es una antología más, es decir, una simple versión de las anteriores. La de Esténger no solamente pone al día esa necesaria visión panorámica de nuestra poesía, sino que demuestra ser además una revisión general de ese panorama, ya bastante amplio y variado.

Acertadamente, el título del libro no ofrece la sensación de un fallo definitivo. No son *las cien mejores poesías cubanas*, sino ciento de las mejores, desde Manuel de Zequeira y Arango hasta Rubén Martínez Villena. Y esa laudable cautela crítica que insinúa el título queda reiteradamente ratificada a través de la obra, y es una de sus características. Aunque se nota, desde el prólogo hasta el último capítulo, que el autor es decidido partidario de un criterio revisionista y liberal, esta tendencia rectificadora y progresista se halla siempre discretamente frenada por el reconocimiento de los peligros de una crítica insegura, orientada sólo por